

lo es en el Cielo de los espíritus bienaventurados, los cuales, cuando Dios habla, sólo saben decir *amen*, es decir, así sea; y cuando obra, sólo saben cantar el *alleluja*, es decir, alabado sea Dios» (1).

Unamos á la meditación y oración, frecuentes actos de esta virtud. En los sucesos adversos, ó cuando nos acontezca algún caso inesperado, sepamos refugiarnos en la adorable voluntad de Dios, y repetir con el mismo Jesucristo: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* (2).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La más perfecta santidad consiste en conformar mi voluntad con la de Dios.*—No queriendo otra cosa que lo que Dios quiere, practico todas las virtudes: la fe, la confianza, la mortificación..... y con el más laudable fin; porque semejante conformidad, en el fondo, no es otra cosa que la caridad. Si me amáis, guardad mis mandamientos (3).—Querer lo que quiere Dios es amarle como El se ama á sí mismo, como El quiere que le amemos. San Pablo así lo entendió desde el primer momento de su conversión: Señor, ¿qué queréis que haga? ¿Cuán suave es para mí el encontrar toda la perfección en una sola virtud, y esta tan fácil de practicar!

PUNTO SEGUNDO.—*La más completa dicha consiste en conformar mi voluntad con la de Dios.*—Por esta virtud me pongo al cubierto de todo el mal, y encuentro todo el bien que deseo.—Desaparece el mal moral, desaparece el pecado, pues que el pecado no es otra cosa que la oposición á su divina voluntad. Desaparece también el mal en el orden natural; por el sufrimiento que deseo, que es de mi agrado, que yo busco, lejos de ser para mí un mal, son un bien. Refugiándome en la voluntad de Dios, me libero de todos estos males.—De ahí esta paz, este desapego de todos los deseos, que es la

(1) Sermón sobre el abandono en manos de Dios.

(2) Matth., XI, 29.

(3) Joan., XIV, 15.

segunda condición de la felicidad, ó mejor la felicidad misma. Desde el momento en que hice consistir mi felicidad en el beneplácito divino, la he hecho inmutable como la de Dios mismo. «¡Oh Dios mío, cuando esté enteramente unido á Vos, entonces no sentiré pena ni dolor; entonces mi vida estará llena de gozo, porque me hallaré lleno de Vos!» (1).

#### MEDITACIÓN CII

*Amor de Dios.—Sus motivos*

#### PUNTO I

*Dios quiere que le amemos*

Pruebas evidentes de esta verdad las encontramos:—En todas las criaturas, las cuales El ha sacado de la nada, y las conserva continuamente para hacernos ver en ellas algunos destellos de su hermosura, de su sabiduría, de su poder y de su bondad...., y con esto excitarnos á su amor.—En la misma misión de Jesucristo al venir al mundo, que no ha sido sino para traer á él el fuego de la divina caridad, siendo su voluntad explícita que se encienda en todos los corazones: *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?* (1) En la ley divina. Su primer mandamiento y el mayor de todos, es la obligación que nos impone de que le amemos: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua* (2). A este primer precepto, y al segundo, que le es semejante en importancia, el de amar á nuestros semejantes como á nosotros mismos, se refieren todos los demás preceptos; sea que nos prohiban la demasiada solitud por las necesidades

(1) S. Aug.

(1) Luc., XII, 49.

(2) Ibid., X, 27.

de la vida...., sea que nos manden el desasimiento de las cosas de la tierra, el desprecio del mundo y de nosotros mismos...., todos tienen por objeto el preparar el camino al amor de Dios: *Finis autem præcepti est charitas* (1). Las diferentes virtudes que Dios exige de nosotros, ¿qué son todas ellas sino medios para llegar á la caridad perfecta, ó de sostenernos en ella....? *Quid Dominus Deus tuus petit a te, nisi ut timeas.... et diligas eum.... in toto corde tuo?* (2). Este mismo temor santo que Dios exige es precisamente el que conduce al amor: *Qui timetis Dominum, diligite illum* (3). La fe, la esperanza, así como el temor y las demás virtudes preceden ó acompañan á la caridad, que es la reina de todas ellas: *Major autem horum charitas*. Y así como las demás virtudes son para el tiempo, así el amor divino, que empieza aquí, es para la eternidad: *Charitas nunquam excidit*.—Todas las gracias abundantísimas que continuamente recibimos de Dios, dan también á conocer claramente esta su voluntad: el origen y fuente de donde dimanar es el corazón de Dios, y no fluyen sobre nosotros sino para llenarnos de su amor. Si ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad, si hace nacer en nuestro corazón tantos y tan diversos sentimientos, es siempre con el fin de que le amemos; el espíritu de gracia no penetra en nuestros corazones sino para derramar en ellos el espíritu de amor: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis* (4). Si nos fijamos en el espíritu de nuestra santa Religión...., todo en ella predica, todo inspira el divino amor; sus dogmas, sus misterios y su culto son otras tantas lecciones de amor; su Sacrificio.... ¡oh! es el monumento inmortal de su amor infinito; ese Sacramento, el más augusto de todos ellos, se llama por exce-

- (1) I Tim., I, 5.  
(2) Deut., X, 12.  
(3) Eccli., II, 10.  
(4) Rom., V, 5.

lencia el Sacramento del amor, sus coronas son las recompensas del santo amor....—Manifiestan también y muy claramente el mismo deseo los dones y bienes infinitos que tiene destinados para los que cumplen con fidelidad esta esencial y primera obligación, y los espantosos castigos reservados para los que rehúsan someterse á ella. «¡Oh Dios mío, exclamaba San Agustín, el exceso de vuestros rigores contra los ingratos que no quieren amaros, me manifiesta bien el grande exceso de vuestro amor para conmigo. Mucho era ya el que me permitieseis solamente amaros... ¿cómo lleváis vuestra bondad hasta imponerme precepto, y aun amenazarme con la mayor de las desgracias si no os amase, como si el dejar de amaros no fuese ya la mayor de todas las desgracias?»

Pues si Dios desea vivamente que le amen todos los hombres...., ¡cuánto más no deseará que le amen sus ministros, de quienes se sirve como de medios é instrumentos para atraerse á sí todos los corazones! ¿Podrán comunicar á otros su amor si ellos mismos no lo tienen?... *Qui non ardet, non incendit* (1). Por eso... ¡con qué cuidado y esmero los forma y los adiestra en amarle, y en no amar ninguna otra cosa sino á El! Desde su juventud los retira del mundo á la sombra de sus altares, separándolos de todos los objetos que puedan dividir sus afectos y disiparlos; y... la educación eclesiástica, ¿qué es sino un aprendizaje de los grandes sacrificios que exige la caridad sacerdotal?..

## PUNTO II

Dios es digno de que le amemos

El corazón del hombre no puede vivir sino de amor, y como Dios lo ha criado para sí solo, lo ha hecho tan grande que sólo El puede llenarlo. Ciertamente que no es necesario menos que el bien soberano para este corazón siempre inquieto y doliente mientras

- (1) S. Greg.

no halla descanso en el centro de toda perfección. Pero también es cierto que no hay en él tendencia y necesidad de amar que no quede abundantemente satisfecha por los encantos infinitos que la fe nos descubre en Dios: *Quis ut Deus?* Quién se asemejará á Dios en grandeza, en poder, en sabiduría y en bondad....? San Agustín, inspirado en los libros santos y ayudado de su tan fecunda imaginación, después de trazarse á sí mismo el más rico cuadro de las perfecciones divinas, acaba por exclamar: «¡Ah!... ¿Qué es todo esto, Dios mío, amor mío y gloria mía....? No, no es esto, lo que Vos sois; no hacemos sino balbucir cuando queremos hablar de Vos: *Nihil dicit, qui de te dicit.*» De ahí aquel grito de amor que entonces se escapó de su corazón, y fué después por él tan repetido: *¡Que no os hubiese yo conocido antes, hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Que no os hubiese amado antes!*

¡Oh Dios mío más amarga reprensión tengo que darme yo á mí mismo.... San Agustín os amó desde que empezó á conoceros! ¡Cuánto más culpable no es el que, sin poder excusarse por ignorancia, ha vivido tan largo tiempo sin amaros! Yo, por cierto, he conocido la verdad casi al mismo tiempo que la luz del día; desde mi niñez os habéis dignado manifestaros á mí.... ¿Qué hice sin embargo, de este corazón mío? ¿Cómo he usado hasta ahora de su grande sensibilidad? Sí, lo confieso, Señor: muy tarde he comenzado á amaros; *Sero te amavi!* Muy tarde para vuestra gloria. ¡Cuántos pecados, cuántos ultrajes hubiera podido impedir si antes os hubiese amado, tanto de mi parte como de parte de muchas otras almas que debiera yo haber apartado del desprecio de vuestra ley....! ¡Muy tarde para la inocencia de mi vida, pues que mi corazón hubiera permanecido puro si no hubiera amado nada sino á Vos solo! Muy tarde para mi tranquilidad, para mi descanso. ¡De cuántas penas, de cuántos remordimientos me hubiese visto libre si hubiera buscado mi dicha solamente en el cumplimiento de vuestra voluntad! Mas, gracias á

vuestra infinita misericordia, no será tarde todavía para mi salvación si perdonándome, como lo espero, todo el tiempo que he vivido sin amaros, me concedéis la gracia de que desde este momento hasta mi último suspiro os ame y crezca sin cesar en vuestro santo amor.

### PUNTO III

#### Dios nos ama

Entre tantos motivos como tenemos para amar á Dios, ninguno más apremiante como el amor que El mismo nos tiene. *¡Dios nos ama!* ¡Oh, qué palabras! Dios en el Cielo, yo en la tierra; Dios abismo de perfección y de felicidad, yo abismo de padecimientos y de miserias; Dios *aquel que es*, yo la nada....; y estos dos extremos; no sólo se aproximan, sino que se unen, pero se unen por el amor.... ¿Y por qué amor? Por un amor tierno, preveniente, generoso y constante.

1.º Amor tierno. La naturaleza no conoce amor más tierno que el de una madre para con su hijo; el corazón maternal es el símbolo de la ternura. El mismo Dios se sirve de esta comparación para darnos alguna idea del amor que El nos tiene, pero advirtiéndonos al mismo tiempo que la realidad es superior infinitamente á la figura: *Nunquid oblivisci potest mulier infantem suum?.... Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui* (1). Una madre lleva á su niño en su seno, le consuela, le acaricia, le alimenta á sus pechos...., y esto es precisamente lo que Dios hace con los que le sirven con fidelidad: *Ad ubera portabimini.... Quomodo si cui mater blandiatur, ego consolabor vos* (2).

2.º Amor preveniente. ¿Acaso Dios ha esperado á que yo le hubiese dado mi corazón para que me

(1) Is., LXVI, 15.

(2) Ibid., 12. 13.

diese el suyo? ¿Qué hubiera sido de mí..., dónde estaría si no me hubiera amado El primero? *Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos* (1). Dios me amaba, sí, no sólo cuando no le amaba, sino cuando aun era incapaz de amarle, cuando aun no existía; el amor que me tiene no es menos eterno que el que se tiene á sí mismo: *In charitate perpetua dilexi te*; y, lo que más debía moverme..., me amaba cuando con mis ofensas le provocaba á aborrecerme; ¿no era El mismo el que, aun entonces, me conservaba la vida, me ofrecía el perdón, su amistad y parte en su misma felicidad?...

3.º Amor generoso. Con nada se manifiesta mejor la generosidad que con los sacrificios y los beneficios; ¿acaso Dios me ama sólo con palabras? Pesebre..., Calvario..., altar.... ¡oh! ¡cuán elocuentemente me demostráis la generosidad del Corazón de Dios para conmigo! Si me pongo á recordar todo lo que ha hecho en mi favor en el orden de la naturaleza y de la gracia, todos los bienes que de El he recibido y que son una prenda de los que promete; si á los beneficios que me son comunes con mis hermanos añado en la consideración las gracias particulares..., ¿no oiré dentro de mí mismo, en torno mío, en el Cielo y en la tierra, numerosas voces que me gritan que debo corresponder al amor de un Dios tan bondadoso, y probarle la sinceridad de mi amor con la abnegación del sacrificio, la pureza de mis intenciones y la santidad de las obras...?

4.º Amor constante. Entre iguales, el corazón más amante se irrita, ó á lo menos se entibia, cuando en aquel á quien ama con ardor no encuentra sino indiferencia. ¿Quién, pues, no admirará la paciencia de un Dios tantas veces desdeñado, insultado por su indigna criatura, y que, sin embargo, continúa siempre amándola? ¿Qué es lo que yo he dejado, Señor de hacer para obligaros á aborrecerme y apartarme lejos de Vos? ¡Ah! Que mi vida no ha sido sino un

(1) I Joan., IV, 19.

triste círculo de reiteradas promesas y de nuevas infidelidades; hoy reconciliándome con Vos para haceros mañana traición, sin que mi constancia en ofenderos haya podido vencer hasta ahora vuestra constancia en amarme.

¿Qué haría yo, Señor y Dios mío, en este momento, si me dirigierais aquella misteriosa pregunta que tanto perturbó el corazón de Pedro: *Simon Joannis, diligis me plus his?* (1). ¿Me amas tú, en fin, ¡oh criatura tan amada, tan privilegiada por tu Dios?... ¿Qué haré..., qué responderé? Si guardo silencio, parece que confieso que aun con tantas razones para amaros, después de tantos beneficios de que me habéis colmado, me encuentro todavía desprovisto de vuestro amor. Si respondo que os amo..., ¿no se levantará mi conciencia contra mí, poniéndome ante mis ojos una vida toda llena de tibieza, llena toda de tantas faltas y pecados?... Si: os daré, Señor, la respuesta de vuestro Apóstol: *Tu scis quia amo te*. Vos conocéis lo que hay en mí mejor que yo mismo; sabéis lo que habéis puesto en mí por vuestra gracia, conocéis los santos deseos que ella me inspira...; ya sabéis, pues, Señor, que os amo: *Tu scis*. No quiero decir que lo habéis sabido hasta ahora, porque, ¡ay! ¿en qué podéis haber reconocido mi amor, cuando no he mirado nada por vuestra gloria ni tenido celo para ganar y traer corazones á Vos, ni valor para vencerme? Mas ahora, Señor, ya sabéis y bien véis que os amo; lo véis en el sentimiento que tengo de haber vivido tanto tiempo sin amaros, á lo menos con el amor fuerte y generoso que tan necesario es en vuestros ministros: lo véis en la determinación que he tomado de no tener en adelante otro móvil de mi acciones sino sólo vuestro santo amor. Este fuego sagrado no es en mí sino una chispa...; haced Vos, Señor, de ella un incendio de amor...; amaros y hacer que seáis amado es ya toda la gloria, todo el consuelo que ambiciono. *Suscipe*, etc.

(1) Joan., XXI, 15.

### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Dios desea que le amemos.* La evidencia de este aserto se halla:—En todas las criaturas.—En la misión de Jesucristo.—En su santísima ley, cuyo primer precepto lo mismo que todos los restantes tienden á este solo objeto.—En las diferentes virtudes que nosotros estamos obligados á practicar.—En todas las gracias que recibimos.—En todo lo relativo al Cristianismo.—En los bienes infinitos que tiene destinados á todos los que cumplen esta esencial obligación, y los aterradores castigos reservados á los que reusan someterse á ellas.

PUNTO SEGUNDO.—*Dios es digno de que le amemos.* Nuestro corazón ha sido criado para amar y solamente Dios puede llenar esa sed de amor que experimentamos ¿Habrá nada tan amable como Dios? ¿Qué podemos desear que no lo encontremos en El, puesto que posee todas las perfecciones en su grado infinito? «¡Ah! ¿Por qué no os he conocido antes? ¡Oh Belleza siempre antigua y siempre nueva, por qué no os he amado desde mis más tiernos años?» (1) ¡Oh Señor que os he amado demasiado tarde! Muy tarde por vuestra gloria, por mi inocencia, por mi felicidad!

PUNTO TERCERO.—*Dios nos ama.* Este es el más poderoso de todos los motivos. Dios es el todo; yo la nada. ¡Y estos dos extremos no solamente se acercan, sino que están íntimamente unidos por el amor! ¿Cuál y cómo es el amor de Dios para conmigo?—Es el más *tierno*. Sobrepaja al de una madre.—Es amor *preventivo*. ¿Esperó acaso que yo le diera mi Corazón para entregarme el suyo? El me amó cuando yo aun no existía..... ¡Me amaba cuando yo le ofendía!—Es amor *generoso*, y así lo demuestran sus sacrificios y beneficios.—Es amor *constante*. Hasta aquí mi constancia en ofenderle no ha podido vencer su constancia en amarme. Sigó á Dios que me dice: ¿Me amas tú al fin, criatura tan amada?

(1) S. Aug.

## APENDICE

### SOBRE LOS RETIROS ECLESIASTICOS

#### I

Los ejercicios espirituales, á los que se ha dado el nombre de *retiro*, son siempre los mismos en el fondo, cualquiera que sea la clase de personas que á ellos se entreguen y el tiempo que á ellos se dedique; sólo hay variedad en las formas. Hacer ejercicios espirituales es alejarse de todo bullicio y entregarse al silencio, apartarse de la agitación ordinaria y de los pensamientos humanos para consagrarse á los divinos, es entrar en sí mismo y reflexionar seria y profundamente en el modo de combatir nuestros vicios, de reformar nuestra conducta en aquello que tiene de desordenada y trazarnos para el porvenir un plan conforme á la voluntad de Dios. Es necesario conocer esta voluntad santa y cumplirla: el hombre en estos días de santo recogimiento se dispone y *ejercita* para conseguir este fin por medio de la meditación de las verdades eternas que lo iluminan, estimulan y purifican separándolo de todo lo terreno para atraerlo únicamente á Dios por el examen de su vida pasada, por el arrepentimiento y por el estudio y contemplación de los misterios de Jesucristo.

#### II

La condición más indispensable para hacer bien los santos ejercicios es el aislamiento exterior é interior, y este es mucho más necesario que aquel: no se da verdadero